

ANDRÉS IBÁÑEZ

## Leer: cómo se hace, para qué sirve

Ahora, querido lector, querida lectora, estás leyendo. ¿Crees que tus ojos «se deslizan» por las líneas como una especie de góndola a lo largo de un canal? Te equivocas. Los ojos humanos no se deslizan, sino que saltan por la línea escrita. Saltan, se detienen una centésima de segundo, leen las palabras que hay antes y después, vuelven a saltar de nuevo, y así hasta llegar al final de la línea: entre tres y seis saltos por línea, según lo apretadas que estén las palabras o la atención con que se lee.

Tampoco nuestra atención se desliza, sino que salta. Aunque leamos con atención, no leemos todas las palabras: nos distraemos continuamente. Nuestra atención no está preparada para leer un chorro continuo de palabras únicas y esenciales, y los textos en los que uno no se puede perder ni una palabra (por ejemplo, ciertos textos de filosofía) tenemos que leerlos una y otra vez para entenderlos. Los textos bien escritos (como este,

LEER ES UNA CREACIÓN, Y TODO EL QUE LEE ES CREADOR. EL BUEN LECTOR NO VA EN BUSCA DE DIVERSIÓN, SINO DE ALIMENTO

por ejemplo) consisten en continuas reelaboraciones de lo mismo, en variaciones y variaciones de un tema. Es necesario decir las cosas muchas veces para que el lector las entienda. Es necesario, digámoslo así, dar muchos ejemplos. La literatura es, en cierto modo, el arte de poner ejemplos. Cervantes dice en una par de frases que Don Quijote se volvió loco: a continuación, se dedica, a lo largo de cientos y cientos de páginas, a poner ejemplos.

«Diferir» significa dos cosas: (1) decir algo *diferente* de lo que dice otro, y (2) *postergar*, es decir, retrasar en el tiempo. Todas las frases que existen, desde la primera que se escribió al principio de los tiempos, comparten esas dos cualidades. Difieren y se diferencian. Diga usted algo, cualquier cosa. En seguida notará que es imposible decir eso «completamente», y que necesita añadir otra frase más para aclarar la primera. La segunda frase aporta precisión y acota el campo de significado de la primera, pero también introduce significados nuevos, nuevas cosas que hay que aclarar. Aparece así una tercera frase, que pretende dejar perfectamente claras la primera y la segunda. El «significa-

do», pues, esa perla perfecta, esa flor azul inconcebible, difiere: se retrasa. Y también difiere en el otro sentido, se hace cada vez más diferente. Así surge la literatura: por la imposibilidad de decir nada completamente, de decir nada definitivamente.

Antiguamente, leer se percibía como algo semejante a hablar. Esa es la razón de que en las inscripciones romanas, por ejemplo, las letras estén tan juntas: sólo se entiende dónde empiezan y terminan las palabras si se leen en voz alta. Fue San Agustín el primero que describe a una persona leyendo en silencio, es decir, leyendo con los ojos. A partir de entonces comienza el proceso que llevará a la lectura moderna, que percibimos no como algo semejante a hablar, sino como algo semejante a mirar. Leemos con los ojos, excepto los ciegos, que leen con los dedos: claro que los ciegos también ven con los dedos.

Pero ¿qué es lo que vemos? Cuando leemos literatura, no vemos las letras. Ni siquiera vemos la página. Es posible que al principio, por espacio de unas frases, veamos la página, pero luego, si la magia de la literatura se produce de verdad, los ojos comienzan a ver cosas que no están físicamente presentes. Entonces leer ya no se parece ni a hablar, ni a mirar, sino a recordar. ¿Por qué los libros suelen estar escritos en pasado, si nos cuentan cosas que sentimos como presentes? Sin duda el origen está en los aedos que contaban las hazañas épicas sucedidas siempre mucho tiempo atrás, pero esa convención bien podría haber caído en desuso como tantas otras. No, los libros están escritos en pasado porque son algo así como recuerdos inducidos.

Leer es una creación, y todo el que lee es creador. El buen lector lee sin prisa, lee sin expectativas. El buen lector no desea aprender nada ni convertirse en una persona mejor: desea vivir más, tener experiencias reales. El buen lector no va en busca de diversión, sino de alimento. Claro que, ¿quién desea alimentarse de una sustancia que no resulte deliciosa? El buen lector sabe que cuando entra en los caminos de un libro entra también en su propio interior, y que las cosas que encuentra en esos caminos, dragones o rosas, estatuas o ratas, están también dentro de él. Leer es viajar por dimensiones inexploradas del palacio de la imaginación; quiero decir, visitar cuartos de la propia casa mental que de otra forma estarían siempre cerrados. Leer es viajar, leer es descubrir, leer es construir en el espacio interior una casa, una resistencia. Leer es construir una casa para el alma. Leer es construirse un alma. ■



**EL CAUDAL LÉXICO DEL CASTELLANO, UN AUTÉNTICO TESORO POR EL QUE VELA LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. EN LA PÁGINA DE LA DERECHA. SU FICHERO HISTÓRICO**

## UN MONUMENTO FILOLÓGICO

**TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA O ESPAÑOLA SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS OROZCO EDICIÓN INTEGRAL E ILUSTRADA DE IGNACIO ARELLANO Y RAFAEL ZAFRA UNIVERSIDAD DE NAVARRA / IBEROAMERICANA VERVUERT / REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. MADRID, 2006 1.700 PÁGINAS, 120 EUROS**

**JOSÉ MARÍA DíEZ BORQUE**

El *Tesoro de la lengua castellana o española*, del gran humanista Sebastián de Covarrubias, nacido en 1539, se publicó en 1611. Se completa con el Suplemento manuscrito, preparado por el mismo autor, pero que no vio la luz impresa. La intención del gran humanista fue reunir, contra el olvido, el caudal léxico del «castellano o español», auténtico tesoro: «Yo haré lo que pudiese, siguiendo la orden que se ha tenido en las demás lenguas, y por conformarme con los que han hecho diccionarios copiosos y llamándolos *Tesoros*, me atrevo a usar deste término por título de mi obra» (página 13).

Pero el resultado de impreso y Suplemento desborda, por completo, los límites de un diccionario de mera consulta léxica para convertirse en «una enciclopedia, una miscelánea, una oficina de curiosidades, una silva de varia lección...» (pág. XX), una suerte de museo que al *atesorar* la lengua busca un «saber total, sintético, enciclopédico» (pág. LVIII).

Covarrubias construye y ordena los saberes a su modo, lejos, claro, de criterios que hoy son norma común, lo que dificulta y complica la lectura. Si, por una parte, atraía el adentrarse en esta selva de saberes y curiosidades, por otra, muchos eran los aspectos que lo entorpecían.

**MANEJABLE Y MÁS ÚTIL.** Dicho en forma coloquial: al Covarrubias había que meterle mano, para que relumbrara la piedra preciosa que es. Eso es, exactamente, lo que han hecho los editores modernos -Ignacio Arellano y Rafael Zafra, al frente de un extenso equipo- dando ejemplo de alta y «juiciosas» filología desde multitud de saberes, puesta al servicio de hacer manejable y más útil el *Tesoro*, sin ceder en el rigor crítico. Consiguen sus objetivos, facilitando tanto el trabajo del investigador como el del lector interesado que quiera introducirse en este mar de saberes de nuestro Siglo de Oro.

El profesor Arellano en las primeras líneas del «Prólogo primero» señala las intenciones de la edición, que ahora tenemos la suerte de poder utilizar, y cumple los propósitos con el buen hacer a que ya nos tiene acostum-

brados: «El objetivo de esta edición del *Tesoro de la lengua castellana o española* de Covarrubias es doble: primero ofrecer una versión íntegra de todos los materiales conocidos que preparó Covarrubias, es decir, la parte impresa en 1611 y el Suplemento manuscrito [que integran en su lugar correspondiente] (...) y segundo, elaborar una edición moderna (...) con el fin de facilitar su consulta y manejo, manteniendo en todo lo posible el rigor crítico, teniendo en cuenta que el *Tesoro* ofrece una buena cantidad de problemas en cuanto a su ordenación y coherencia de su presentación gráfica y estructura de las entradas» (pág. XIII). Pero, además, dan en apéndice las adiciones de Noydens, ilustran el texto de Covarrubias con grabados de la época (me referiré a ello) y dan un DVD, que reproduce fácilmente la edición príncipe y el manuscrito del Suplemento, facilitando, además, distintos tipos de consulta del *Tesoro*.

**ESCRUPULOSO RIGOR.** Como decía, muchos son los problemas que plantea el *Tesoro*, según apareció en 1611 y el Suplemento manuscrito. No puedo resumirlos aquí. Baste decir que afectan al «caos de la ordenación y las grafías», integraciones erróneas, abreviaturas, citas en distintas lenguas (latín, griego, hebreo), delimitación de las entradas del «diccionario», etc. Ante ello había que adoptar unos criterios de actuación, justificarlos, explicarlos, y cumplirlos con escrupuloso rigor y constancia a lo largo de la edición.

La empresa merecía la pena, y pienso que se han cumplido, a plena satisfacción, los objetivos, dándonos ya la edición del *Tesoro* que tanto necesitábamos. Bastaría atender el análisis crítico que hacen de las ediciones precedentes para corroborar el alcance y valor de la que ahora se pone a nuestra disposición.

Passar las páginas de esta edición del *Tesoro* es también ir encontrándose con una serie de grabados de la época de sugerente atractivo e impagable valor, que nos llevan, además, no sólo a ese apasionante mundo de las relaciones texto-imagen en el Siglo de Oro, sino a la *Enciclopedia francesa*, a los actuales diccionarios enciclopédicos ilustrados, etc. Creo que hubiera disfrutado Covarrubias, tan preocupado por la cultura visual como muestran sus emblemas, con estos grabados que enriquecen su obra, que va del ornato a los que se citan expresamente en el texto, pasando por los que «apoyan más directamente el sentido del texto, lo explican o ayudan a comprenderlo mejor» (pág. XLII).

Creo que se me permitirá, después de lo escrito hasta aquí, afirmar que